

En una cafetería

Eran siete las personas en aquella cafetería situada en el centro de Madrid. Siete sin contar ni a los camareros que allí trabajaban, ni al pianista que tocaba preciosas obras de música clásica en aquel piano viejo que había situado en una esquina, allí donde apenas se le veía. La luz de la cafetería era de un color anaranjado y junto a las diferentes tonalidades de marrones que predominaban en el mobiliario del salón, creaban una especie de otoño ficticio dando un aire acogedor y contrastando así con la nieve que se podía ver cayendo por la ventana a pesar de estar ya bien entrados en marzo. A pesar de que nunca la hubo, muchos de los que habían pasado por esa cafetería habrían jurado que había una pequeña chimenea donde se podía ver el fuego seguir el compás de las teclas del piano en algún rincón de ella... Pero la verdad es que lo más parecido que había allí a una chimenea, era un cuadro de dos mujeres planchando sabanas blancas, en el cual se podían ver unas brasas prácticamente reales en una de sus esquinas inferiores.

Eran siete personas en aquella cafetería. Seis pedidos distintos apuntados por los camareros. Cinco las mesas ocupadas. Las cuatro y tres minutos de la tarde de un día dos de aquel final de invierno... Y un pianista medio ebrio crujió sus nudillos unos segundos antes de empezar a tocar su siguiente pieza. Siempre tocaba la misma pieza a esa misma hora ya que era la favorita de uno de los camareros, el cual se lo agradecería con una copa como de costumbre. Y así como todos los días que habían precedido a ese, empezó a tocar el Canon de Pachelbel. Fue entonces como por arte de magia todo el mundo calló a la vez. Todo el mundo se quedó en silencio durante esos acordes mágicos. Por un instante... El tiempo se paró.

La primera de las siete personas era una mujer rubia de treinta y siete años. Ángela Martín tenía medio café delante suyo y se estaba tomando su tiempo para tomarlo. Se había pasado todo el día paseando a su hija de aquí para allá de un lado a otro de un hospital haciéndola pruebas, recogiendo resultados y escuchando opiniones de médicos... Opiniones poco esperanzadoras para su hija. Opiniones que aun no asimilaba. Parecía que la niña iba a tener que ser sometida a una complicada operación... Y a tan temprana edad... Eran pocas sus posibilidades de salir airoso de ella. La niña no había parado de chillar, llorar y quejarse durante toda la mañana. Ese café doble que se estaba tomando era casi por necesidad. Solo ahora parecía que la niña se hubiese tranquilizado un poco... Y por eso estaba disfrutando doblemente del café y de ese momento de tranquilidad que le estaba regalando. La miraba con cara de preocupación. ¿Cómo podía ser que una niña tan pequeña pudiese estar tan cerca de lo que podría ser su último día? Y lo peor de todo... ¿Por qué su hija? Solo pensaba en que ojala fuese ella quien sufriese esa enfermedad y no su hija, como si simplemente por el hecho de desearlo muy fuerte fuese a suceder...

Marina, su hija, estaba mirando por la ventana. Estaba completamente absorta en el suave movimiento de los copos de nieve al caer. Se preguntaba cuántos ángeles se necesitarían para arrojar toda esa nieve desde el cielo. Había tanta... seguro que eran cientos y cientos. ¿Cómo harían la nieve? Por la pinta que tenía, seguro que era una especie de mezcla entre algodón y azúcar... Claro que ella sabía que el resultado de esa mezcla daba una especie de nube de color rosado que se podía comer. Lo había comido el verano pasado en la feria a la que le llevó su abuelo... Así que esa mezcla no podía

ser. O quizá era la misma con algún ingrediente más... Claro, eso sería lo más probable. Tendrían algún tipo de ingrediente secreto que solo los ángeles podrían saber para hacer nieve... Después de todo, ellos eran los únicos capaces de hacer que nevase en todo el mundo. Tenía que ser un trabajo duro. Estar siempre pendientes de ese hombre que salía en la tele y decía el tiempo que tenía que hacer... Y hacerle siempre caso. Bueno, casi siempre, por que más de una vez no le habían hecho caso y ella, esos días, sonreía siempre al cielo de forma cómplice... Después de todo sabía que tenían que estar cansados de estar siempre recibiendo órdenes de cómo comportarse. A ella tampoco le gustaba que la diesen órdenes. Y menos aun últimamente, que ya no la dejaban ir al colegio sus padres y jugar con los demás niños. Hoy, por ejemplo, se había pasado todo el día en uno de esos edificios tan raros donde huele tan mal, rodeada de desconocidos y escuchando a su madre hablar con ellos sobre cosas aburridas de mayores. Cosas aburridas de esas que ella no entendía como las que estaría leyendo el señor de al lado en ese periódico aburrido con pocas fotos.

Manuel González tenía cincuenta y siete años, seis empresas distintas y las arrugas de un señor quince años mayor que él. Lucía un espeso bigote formado ya únicamente por canas y leía la sección de economía gracias a unas gafas más caras que bonitas. Los enormes ojos que se veían a través de ellas se deslizaban lentamente sobre las letras del periódico mientras el pensaba en la propina que iba a dejar. O más bien que no iba a dejar. Habían tardado una barbaridad en servirle ese café solo que aun estaba casi sin empezar encima de su mesa. Para colmo, ni siquiera le habían puesto alguna pastita para acompañarlo. No que fuese lo normal en ese tipo de cafeterías, pero era el mínimo detalle que podían haber tenido con lo que habían tardado en servirselo. No le extrañaba que el piano que sonaba fuese tan antiguo y estuviese en tan malas condiciones. Con ese trato a los clientes, el negocio jamás ganaría lo suficiente como para comprar uno nuevo y decente. Si fuese su cafetería... Si lo fuese ya verían que rápido empezaría a dar dinero. El sí que sabía como llevar un negocio. Nadie le había regalado nunca nada. Después de todo él siempre había sido un hombre trabajador. Había trabajado muy duro para llegar a donde ahora estaba. No cómo esos jóvenes camareros que había allí... O ese chico solitario de la mesa de al lado. Menudas pintas. Seguro que era el típico hijo de algún hombre con dinero y que habiendo tenido la vida solucionada desde el principio y muy poca disciplina, hoy por hoy votaría a la izquierda para demostrar su rebeldía... Lo que había que aguantar hoy en día.

El chico en cuestión se llamaba Eduardo y jamás se había acercado a ni una sola urna para votar. Sencillamente la política era algo que jamás le había importado. Iba vestido con unos vaqueros y un jersey fino de cuello vuelto así como con una boina inclinada hacia un lado dándole un aire afrancesado. Todas las prendas que vestía eran de color negro al igual que la gruesa montura de sus gafas. Llevaba una barba de tres días y tan solo veintitrés primaveras a su espalda. Estaba leyendo un libro de Jorge Bucay llamado "Shimiriti" en el cual estaba completamente inmerso. Al lado de su copa de vino, había un clavel que solía usar como marca páginas. Un clavel que le regaló su madre, junto con un libro, justo antes de morir cuando el apenas tenía catorce años. Un clavel que conservaba desde entonces. Todos los días después de llegar de la facultad de psicología donde estudiaba, comía en casa, se hacía con un libro y se iba a alguna cafetería o parque a leer dependiendo del tiempo que hiciese. Siempre rociaba el clavel con aquel perfume que siempre había usado su madre... Quizá por eso nunca se sentía solo en esas tardes de lectura. Todo el mundo necesita pasar tiempo con sus seres

queridos... Eso era lo más cercano que el tenía a uno de esos momentos... Pero para él eran más que suficientes. Él era feliz y nunca se sentía solo. Por alguna razón siempre prefirió eso a buscarse unos amigos o una novia. Nunca le habían atraído esas opciones. La parea que tenía al lado por ejemplo... Tan cerca el uno del otro... Tan... Tan... ¿Agobiante? No, cosas así a él solo le provocaban como una especie de claustrofobia. Él prefería esconderse entre sus libros.

Oscar y Jessica tocaban poco los libros y mucho el uno al otro. Ambos tenían veintisiete años y ya habían perdido la cuenta de cuantas veces habían repetido... Pero les daba igual. Ojala pudiesen pasar el resto de su vida siendo estudiantes, sin otra preocupación más que quererse el uno al otro, ya que ambas familias tenían suficiente dinero para mantenerles y en el momento oportuno, enchufarles en cualquiera de las empresas que poseían. Dinero, amigos, amor, salud... Lo tenían todo. Se pasaban todo el día juntos, haciendo todas esas cosas para las que el dinero había sido inventado y, a pesar de llevar desde los dieciséis años juntos, ese amor curiosamente no había hecho más que aumentar cada día. Se sacaban suficientes asignaturas al año como para acabar la carrera a los treinta o treinta y uno, y así mantenían contentos a sus padres, que después de todo sabían que ambos iban a heredar un imperio que beneficiaría a ambas familias. Iba a ser sencillamente el enlace perfecto. En cuanto acabasen la carrera se casarían y sería cubierto por casi más periodistas que la boda del príncipe. Ambos se estaban tomando unas cañas a la vez que hablaban sobre un viaje que harían ese fin de semana a París. Cada dos o tres palabras sus labios se encontraban a mitad de camino, justo encima de donde estaban sus manos agarradas. Alguien dijo una vez que no se puede tener todo en esta vida... Obviamente no conocía a esta pareja. Sus vidas eran sencillamente perfectas y ellos lo sabían. Todos y cada uno de los días de sus vidas daban una y otra vez las gracias a Dios y no había ni un solo domingo que no acudiesen a misa.

Por último, había un hombre en la mesa más separada de todas, justo al lado del piano. Un hombre de cuarenta años con un güisqui doble delante además de otra copa vacía que aun no habían recogido. Ese hombre había decidido dejar su trabajo en la obra justo el día anterior. No sabía exactamente que iba a hacer a partir de ese día. No sabía como iba a mantener a su esposa y a su hijo de cuatro años. Aunque el paro ayudaría de momento, no lo haría por siempre... Pero su esposa se había mostrado comprensible cuando la dijo que no quería pasarse el resto de su vida poniendo ladrillos. Ella le dijo que se lo pensase. Que dejase el trabajo, que ya encontraría otro... Que se tomase un tiempo para él que, después de todo, se lo había ganado. Que si el se hacía también cargo del niño, ella también podría buscar un trabajo a tiempo parcial y podrían vivir mejor y viendo ambos más a su pequeño. Además, ella llevaba ya un tiempo queriendo volver a trabajar. Todo iba a salir bien. Él no estaba tan convencido como su mujer, pero aun así contagiado por su optimismo había llamado a la empresa para darse de baja. Hoy era el primer día en muchos años que por fin se sentía un poco libre. Que sentía que iba a vivir su vida de verdad... Y no sabiendo exactamente que hacer, optó por lo que más le apetecía. Se bajó a aquella cafetería con un cuaderno y un bolígrafo y se pidió un güisqui doble. Abrió el cuaderno por la primera hoja y empezó a escribir...

"Eran siete las personas en aquella cafetería situada en el centro de Madrid. Siete sin contar..."

JPelirrojo

